

Notas en torno a El arcángel ebrio

José Manuel Recillas

clada con sensualidad, en la larga bufanda de seda, en la enorme ternura con que en broma pides a gritos un poco de amor. O tal vez sí se fijaron, pero sólo llegaron a distinguir la rabia y la guitarra o, lo más peligroso y aterrador para muchos, la risa. Te reías porque cada vez que ellos creían que te habían atrapado en el casillero de una clasificación, te les escurrías como agua entre los dedos. Te encerraron después de haber inventado sus propias pruebas, como suele suceder. Cuando por fin saliste, se notaba que te habían chupado las fuerzas, pero no la rabia. Quedaron las canciones, pero adaptadas a otros ritmos más regulares. Quedó la risa, pero nace de una herida de otro tipo y, por ahora, tiene menos hilo. Necesitas tiempo para repornerte.

Es también este libro, a la vez, un rito de iniciación de una manera compleja de narrar; una despedida de la inocencia y la autenticidad de la adolescente, antes de involucrarse vitalmente en una búsqueda de la singularidad que renueve, desde un punto de vista artístico, la comunicación de una experiencia.

La convergencia del origen de ambas miradas evocadoras, orientadas hacia adentro y hacia afuera del mismo sujeto constructor de la novela, les hace compartir un sólido y fluido lenguaje, tanto en el discurso que propende a la información unívoca, como en el poético. Y como a partir de esa conciencia se produce el contrapunto en el que alternan los dos registros, sucede que no pocas veces se contaminan recíprocamente, y acaban por compartir la agilidad de un discurso que, finalmente, termina por parecernos el mismo: estructurado a base de la acumulación de acciones cuyo número y peso se amortigua merced a un muelle tegumento fabricado con abundantes descripciones constituidas principalmente por distribuciones y enumeraciones muchas veces graduales y sinonímicas; todo ello puesto al servicio del trabajo mental concentrado en el reencuentro del ayer dentro del arcón de la memoria. Observando la diferencia de matiz con que se rescata la infancia maravillada, o se introspecciona en la íntima penumbra del saber decantado, al final llegamos a la conclusión de que la conciencia y la memoria de la narradora pasan revista a un "yo" que no es el mismo en cada época, simplemente porque cada quien es, y ha sido siempre, varios otros. ◇

Mónica Mansour. *En cuerpo y alma*. México, Planeta, 1991.

Para entender la novedad que representa *El arcángel ebrio* hay que situarlo en un marco más amplio que el de los primeros escarceos literarios de su autor, Jorge Fernández Granados (Ciudad de México, 1965).

De entre las múltiples voces que comienzan a sonar en nuestra poesía reciente, ninguna tan poderosa como la de Fernández Granados. Si la poesía del autor de *La música de las esferas* pudiera equipararse a algún tipo de música y un intérprete, ésta sería la sonata y aquel Wilhelm Kempff. La comparación no es sólo un capricho arbitrario. Señala varios aspectos del trabajo poético a que me refiero. Igual que en la interpretación de una sonata de Beethoven —tampoco es casual que lo mencione *precisamente* a él—, no nos enfrentamos a un fenómeno *absolutamente* nuevo. De hecho, ya conocemos la sonata; entonces, lo que juzgamos es la interpretación, el fraseo musical, la elegancia, la discreción y el virtuosismo, y la fidelidad a un modelo que consideramos nuestro. Y a diferencia de la música orquestal, en la música de cámara, especialmente en los cuartetos, tríos, dúos y solos, no hay trucos ni efectismos como pueden hallarse en los grandes conjuntos orquestales. Y si tomo como ejemplo a Wilhelm Kempff es no sólo porque su linaje proviene de una de las más altas cumbres musicales de Occidente, sino porque tal comparación puede aplicarse a Fernández Granados. Efectivamente, en *El arcángel ebrio* encontramos las huellas del linaje a que su autor pertenece.

De esta manera podemos afirmar que la Poesía —sí, con mayúscula— de Jorge Fernández Granados es como un poderoso río —el Usumacinta de Pellicer, por ejemplo— que ya conocemos de antaño pero nos seduce nuevamente. Igual que el río del griego, no somos los mismos al sumergirnos cada vez en sus aguas, ni el río es el mismo siempre. Novedoso y diferente.

La metáfora del río a que hice referencia no es sólo una imagen más o menos afortunada; por sí sola explica muchas situaciones. Ciertamente, no el lugar común —reseñado por Fernando Vallejo en *Logoi*—, pero sí la presencia de ciertas imágenes que aparecen en diversos autores con diversas variedades y sentidos.

Y digo, conscientemente, *presencias* y no influencias, ya que en el caso que nos ocupa, pero no sólo en éste, hay una serie de imágenes que son aclaradas por la imagen de la literatura como un río que avanza.

En efecto, todo cauce no es completamente recorrido por las aguas de un río. Ocasiones hay en que las aguas —por diversas causas— dejan de bañar ciertos meandros, ciertas riberas; mas en ocasiones regresan las aguas y se regodean en esas añoradas tierras que hace mucho habían besado sus rumorosos labios, para proseguir su viaje. Al bañar nuevamente esos pequeños recodos, el agua rememora viejas respiraciones, antiguas piedras vuelven a cantar, la tierra nuevamente crece y el aire otra vez tiembla como rumor de palabras en lontananza. En circunstancias extremas se repiten, idénticos, los mismos rumores de antaño, las mismas piedras se



Da Jandra: de la selva al jardín

Julio Trujillo

bañan bajo las mismas aguas que las vieron alguna vez cantar.

Pierre Menard sería la personificación de este último ejemplo; pero en el caso que nos ocupa, el ejemplo anterior explicaría la presencia de versos que recuerdan a López Velarde ("Cuando rezo el avemaría de tus muslos"), a Nandino ("Que objeto tan voluble la mirada/ que apenas se posa en la distancia/ cuando ya esa distancia es la mirada". o "quiero pensar sin pensamiento"), a Gorostiza ("Se arrepiente de amar sólo en ausencia/ y del incienso torpe de sus dudas/ ya que el Objeto, en sí, no le circunda,/ impertinente al reino de su ciencia"), a Paz ("Esperando un misterioso tren donde alguien/ estará diciendo mi nombre sin oírlo"), e inclusive a Rainer Maria Rilke ("Por la confusión irrelevante de la vida/ que es tremenda porque asesta la Belleza").

Esta imagen a que he venido haciendo referencia de la literatura como un río, —es decir, como un líquido que encuentra su cauce—, tiene su mejor personificación en una imagen recurrente que es ella misma. En efecto, tal imagen sería la del agua y el vaso, que en nuestra literatura aparece, primero, en Gorostiza y, posteriormente, en Bonifaz Nuño, y cuyo antecedente más probable sería el de Rilke —en su *Das stundenbuch*— quien a su vez tiene otro antecedente, éste más lejano aún, en Dante y su *Tratado sobre la lengua vulgar* (Libro primero, I, 1), aunque en el caso de Dante esta imagen del vaso y el agua aparezca con un sentido no muy diferente que en los tres ejemplos que le suceden. Esta recurrencia de una misma imagen no significa que haya una influencia que se relevan unos poetas a otros, más bien muestra la descendencia, el árbol genealógico de estos autores, y no es por una mera casualidad que esta cuarteta de creadores sean algunas de las cumbres más importantes de la literatura. Gorostiza y su *Muerte sin fin*, el poema más importante desde el *Primero sueño* de Sor Juana; Rilke y sus *Sonetos de Orfeo*; Bonifaz Nuño y *El manto y la corona*, uno de los libros de poesía amorosa más importante desde *El Cantar de los cantares*.

A esta raza de gigantes pertenece Jorge Fernández Granados, esta la raíz de *El arcángel ebrio*. A este cauce su autor ha dedicado algunos de los más bellos poemas que tiene escritos a la fecha, y su labor será recompensada no por las multitudes sino por aquellos a quienes sus alas luminosas acaricien. A esos solitarios está dedicado este extraordinario libro. ♦

Jorge Fernández Granados. *El arcángel ebrio*, México, UNAM, 1992.

Con su primera novela, *Entrecruzamientos*, Leonardo de Jandra se confirmó como hábil y original escritor, de giro inclasificable por novedoso y misceláneo. No habrá que esperar mucho para observar la reacción que provoque su última novela, *Huatulqueños*, reacción que por obvias y no tan obvias razones no puede ser la misma, ni tan buena. Veamos por qué.

Entrecruzamientos es una novela provocativa, sus jaranescos neologismos hicieron saltar de sus asientos a más de un desprevenido lector (lector-hembra, apoderándose de la terminología cortazariana); la dialéctica-didáctica-mayéutica que impera a lo largo de los tres libros nos lleva del vértigo a las fronteras de la desesperación; el ansia de da Jandra por verter toda su vasta erudición en la novela hace que esta adquiera un carácter arrogante y que algunos pasajes sean francamente densos; y sin embargo a la gente le gusta y la trilogía se vende bien, ¿por qué? Por varias razones, pero sobre todo porque despierta, rompe con el marasmo novellístico que abunda en los estantes de novedades de las librerías (aténgome al producto nacional), innova. En este sentido Da Jandra escribe una novela valiente, desnuda y abierta sin pudor a la espera de los embates de la crítica, y la crítica no sabe por dónde empezar, es tal el descaro del autor que tildar a la novela de

descarada sería una tautología imperdonable. De hecho, de Jandra se hace feroces y certeras críticas en el cuerpo mismo de la trilogía, quedando así ligeramente inmunizado. La osamenta de *Entrecruzamientos* es claramente castanédica, lo cual también es foco de atención para innumerable cantidad de lectores, que si bien no pueden, o no quieren, o no se atreven a sublimar el espíritu en el trópico, la montaña o el desierto, al menos tienen la verosímil novela dajandresca para llevar a cabo una tímida desurbanización dentro de la misma urbe. El hecho de que sea narrada en primera persona es otro acercamiento más hacia el lector (esto ya se ha dicho miles de veces pero vale la pena mencionarlo como punto de comparación con *Huatulqueños*), el cual sigue de cerca —a manera de conversación— las tribulaciones, logros y desencantos de un protagonista muy antiheroico, muy urbano (aunque cada vez menos) y muy humano que busca "forjar su rostro y templar su corazón" —en este caso, el resultado es menos importante que el proceso.

Pero vayamos por partes y cotejemos. *Entrecruzamientos* es una novela de temática tan diversa, que sólo cabe en este espacio señalar las principales coordenadas que dirigen su totalidad. Como apunté anteriormente, es la búsqueda de la sublimación del espíritu a través de la unión vida-obra, búsqueda cuyo cauce es el estudio, el diálogo-polémica y la experiencia vital. Pero también, y de igual o mayor importancia, es la búsqueda de lo mexicano (mexicanidad), búsqueda cuyo cauce es el enfrentamiento de diversas culturas con la propia: griega-náhuatl, española-mexicana (conquistadores-conquistados), europea-americana y un sinnúmero de vuelos doctos de disímiles características aunque de igual objetivo: encontrar lo auténtico. También es literatura, tema que por fuerza convive simbióticamente con los dos anteriores. Estas son las directrices por las que se guía el cuerpo caleidoscópico de la novela. Cotejemos: *Huatulqueños* es tres cosas: retrato del indio oaxaqueño, rescate histórico y denuncia. La descripción de la vida y personalidad del indio es fiel y certera; el rescate de la historia huatulqueña y regiones aldeañas es documentadísimo pero sin la aridez del documental; la denuncia es necesaria y ya desde *Entrecruza-*

